



Problemas de sostenibilidad en economías substantivas

Sustainability problems in substantive economies

 **Pedro Hespanha**

Universidade de Coímbra,
Faculdade de Economia,
Centro de Estudos Sociais (CES),
Portugal
pedro.hespanha@gmail.com

Resumen

Este artículo parte del concepto de sostenibilidad adoptado por la ONU en 1987, basado en el Informe Brundtland, para analizar su posterior instrumentalización por discursos políticos y económicos basados en una lógica neoliberal.

Para recuperar la esencia que tenía en sus orígenes, el concepto de sostenibilidad debe implicar un equilibrio entre la economía, la sociedad y el medio ambiente. Esto corresponde a una concepción sustantiva de la economía, donde el mercado constituye un subsistema de la sociedad y la naturaleza, con el objetivo de la actividad económica de proveer sustento a la comunidad y no de maximizar las ganancias.

Para los fines de este trabajo, fueron tomados como referencia los territorios rurales donde persisten y, en la mayoría de los casos, predominan formas económicas – como las economías campesinas o las economías comunitarias – que difieren sustancialmente de la economía capitalista de mercado. Gran parte del conocimiento práctico y experimental fue acumulando, a lo largo del tiempo, soluciones para diferentes problemas. Sin embargo, la aceleración de los cambios en los últimos dos siglos hizo olvidar muchas de esas soluciones destinadas a mantener una relación equilibrada con la naturaleza. Por otro lado, este conocimiento basado en la experiencia acumulada carece cada vez más de herramientas capaces de responder a problemas complejos y de escala global, como el declive de la biodiversidad, la contaminación y los efectos de la globalización económica.

Desde esta perspectiva, la cuestión pertinente es saber si las comunidades científicas están o no preparadas para involucrarse en un intercambio de saberes para la valorización de los espacios rurales y, por tanto, en una construcción de respuestas a todos los problemas anteriormente enunciados.

Palabras clave: sostenibilidad; economías substantivas; territorios rurales marginados; mercantilización; políticas públicas



Abstract

This article starts from the concept of sustainability adopted by the UN in 1987, based on the Brundtland Report, to analyse its subsequent instrumentalization by political and economic discourses based on a neoliberal logic.

To recover the essence that it had in its origins, the concept of sustainability must imply a balance between economy, society and the environment. This corresponds to a substantive conception of the economy, where the market constitutes a subsystem of society and nature, with the objective of providing sustenance to the community instead of maximising earnings.

For the purpose of this work, rural territories were taken as a reference where economic forms persist and, in most cases, predominate – such as peasant economies or community economies - which differ substantially from the capitalist market economy. *Much practical and experimental knowledge has, over time, accumulated solutions for different problems.* However, with the acceleration of changes in the last two centuries, many of these solutions -designed to maintain a balanced relationship with nature- were forgotten. On the other hand, this knowledge based on accumulated experience increasingly lacks tools capable of responding to complex problems on a global scale, such as the decline of biodiversity, contamination and the effects of economic globalization.

From this perspective, the pertinent question is whether scientific communities are not, in fact, prepared to engage in an exchange of knowledge for the valorisation of rural spaces and, therefore, in the construction of responses to all the problems previously stated.

Keywords: sustainability; substantive economies; marginalized rural spaces; commodification; public policies.

Introducción

El concepto de sostenibilidad, tal como se describe en el Informe Brundtland (UN-WCED, 1987), ha sido instrumentalizado y despojado de su potencial transformador por discursos políticos y económicos basados en una lógica neoliberal. La crisis ambiental se convirtió así en un campo de oportunidades de inversión, en un proceso de autorregulación donde las empresas definen sus propios objetivos y en una transferencia de responsabilidades de las estructuras productivas a los consumidores quienes son responsables de tomar decisiones conscientes y adoptar estilos de vida que impulsan nuevos nichos de mercado.

Para recuperar la esencia que tenía en sus orígenes, el concepto de sostenibilidad debe implicar un equilibrio entre la economía, la sociedad y el medio ambiente. Esto corresponde a una concepción sustantiva de la economía, donde el mercado constituye un subsistema de la sociedad y la naturaleza, con el objetivo de la actividad económica de proveer sustento a la comunidad y no de maximizar las ganancias.

Este modelo económico se basa en la pequeña producción independiente, en la que hombres y mujeres que no viven de la explotación del trabajo ajeno, procuran garantizar su subsistencia tanto a través de la unidad doméstica como de los espacios y tiempos más amplios de las relaciones sociales (Icaza y Tiriba, 2009, p. 150). En este contexto, la comunidad ocupa un lugar central, ya que las prácticas sociales cotidianas relacionadas con el trabajo, la distribución de los recursos y el reparto de la producción se organizan fundamentalmente en torno a la reciprocidad y la vida colectiva.

En contraste, la economía de mercado constituye "un sistema de producción orientado al intercambio, dirigido a la acumulación de riqueza y articulado con un sistema de consumo destinado a satisfacer deseos ilimitados" (Louçã y Castro Caldas, 2010, p. 360). El supuesto básico de este



modelo es que los mercados se autorregulan; es decir, alcanzan el equilibrio y funcionan eficientemente mediante el libre juego de la oferta y la demanda.

Sin embargo, no todos los actores económicos responden a esa lógica. Como señaló Karl Polanyi hace varias décadas, dentro de una economía sustantiva coexisten otras racionalidades o principios económicos que pueden mantenerse de manera duradera junto a la racionalidad mercantil. Estos se orientan hacia cuatro objetivos específicos: (1) la producción de bienes y servicios utilizando exclusivamente el trabajo del hogar para satisfacer las necesidades de la familia (principio de domesticidad); (2) el intercambio de bienes y servicios entre miembros de una misma comunidad bajo una lógica de ayuda mutua y reciprocidad (principio de reciprocidad); (3) la distribución de bienes y servicios realizada por una autoridad responsable de redistribuirlos entre los integrantes de un grupo más amplio (principio de redistribución); y (4) la búsqueda del interés individual y familiar mediante el intercambio —en especie o monetario— en un mercado donde confluyen la oferta y la demanda (principio del mercado autorregulado o competitivo).

Es precisamente la combinación de estos cuatro principios - sólo uno de naturaleza mercantil y tres de carácter no mercantil - la que permite comprender con mayor precisión las prácticas económicas de la pequeña producción independiente y la pluralidad de racionalidades que las sustentan.

La economía de los territorios rurales marginados

Estas formas económicas pueden encontrarse en muy diversos contextos territoriales: en centros urbanos, territorios rurales o espacios periurbanos, en prácticamente cualquier región del mundo. Para los fines de este trabajo, tomaré como referencia los territorios rurales donde persisten y, en la mayoría de los casos, predominan formas económicas - como las economías campesinas o las economías comunitarias - que difieren sustancialmente de la economía capitalista de mercado.

En términos sintéticos, se trata de economías empobrecidas, basadas en la tierra y el trabajo, con una elevada proporción de producción destinada al autoconsumo. Se localizan en asentamientos dispersos y de pequeña escala, con escasa infraestructura colectiva, habitados por una población envejecida y con bajos niveles de escolaridad. En estos territorios subsisten comunidades caracterizadas por una fuerte vinculación con su espacio, una organización social sustentada en el conocimiento mutuo, la ayuda recíproca y la transmisión de valores compartidos, así como por una aparente aceptación de la condición marginal que ocupan respecto de las poblaciones urbanas. Esta situación suele manifestarse tanto en formas de resistencia pasiva frente a influencias externas como en procesos de adaptación selectiva que permiten incorporar ciertos cambios sin perder la identidad comunitaria (Hespanha, 2010).

Hay dos observaciones importantes que conviene hacer antes de profundizar en las relaciones entre la agricultura familiar y el mercado competitivo.

La primera es que los mercados competitivos en los que participan los agricultores familiares - ya sea como oferentes de productos o como demandantes de insumos - poseen actualmente una dimensión global y una estructura profundamente asimétrica. Por un lado, existe una gran atomización y dispersión de los productores agrícolas, que buscan vender sus productos o adquirir los insumos que ofrece la industria. Por otro, se observa una elevada concentración de las empresas que compran la producción agrícola o suministran dichos insumos.

Como consecuencia de esta asimetría, estos mercados generan un proceso de "intercambio desigual", en el que los agricultores familiares se ven obligados a vender sus productos a precios inferiores a los que corresponderían y, al mismo tiempo, a adquirir los insumos de producción a precios superiores a los que deberían pagar. De ahí que los agricultores sostengan, con razón, que



los precios son injustos. A ello se suma el hecho de que la comercialización de productos agrícolas se encuentra hoy fuertemente concentrada en las grandes cadenas de distribución, las cuales prefieren abastecerse de explotaciones de gran escala capaces de garantizar mayores volúmenes y una oferta homogénea.

La segunda observación es que los intercambios de los agricultores familiares no se desarrollan exclusivamente dentro del mercado competitivo. En realidad, una parte importante de ellos tiene lugar en mercados locales o de proximidad, donde las reglas de la competencia perfecta - como la homogeneidad de los productos, la transparencia del mercado, la acción de la "mano invisible" de los precios y el anonimato de los agentes - ceden espacio a normas de intercambio construidas a partir de las relaciones de proximidad y del conocimiento mutuo.

En consecuencia, los mercados locales son, desde la perspectiva de la teoría económica convencional, mercados "imperfectos", caracterizados por una distribución asimétrica de la información entre los agentes. Además, las decisiones económicas de quienes participan en ellos están condicionadas por instituciones profundamente arraigadas en la vida social, es decir, por un conjunto de reglas formales e informales que orientan las elecciones colectivas, tales como los hábitos alimentarios, las preferencias culturales o las obligaciones sociales.

Por esta razón, los manuales tradicionales de economía suelen calificar como irracionales ciertos comportamientos de los pequeños productores autónomos. Se habla de oferta perversa cuando: a) una disminución de los precios induce un aumento de la oferta, debido a que algunos productores necesitan vender una mayor cantidad de productos para mantener el mismo nivel de ingresos; o b) los productores mantienen inalterada la cantidad ofrecida aun cuando los precios aumentan. Del mismo modo, se habla de demanda perversa - o ley de Giffen - cuando el incremento del precio de determinados bienes provoca, paradójicamente, un aumento de su demanda.

Como explican Louçã y Castro Caldas, "las relaciones de mercado son relaciones sociales, sustentadas en reglas, leyes y costumbres, en las que el poder desempeña un papel determinante" (2010, p. 111). En este sentido, resulta pertinente distinguir entre los mercados dominados por una racionalidad competitiva - los "mercados autorregulados" de Polanyi - y aquellos sustentados en otros principios institucionales - los "mercados regulados", en la terminología del mismo autor -, donde los intercambios y el pequeño comercio obedecen más a una lógica de reciprocidad que de competencia (Caillé y Laville, 2008, p. 567).

En los mercados locales, donde el anonimato prácticamente no existe, las personas se conocen entre sí. Es frecuente que un productor venda sus productos a precios reducidos - o incluso los entregue gratuitamente - a compradores con quienes mantiene vínculos de reciprocidad o hacia quienes considera tener una obligación moral. Del mismo modo, las relaciones de cercanía entre vendedores y compradores pueden hacer que los precios permanezcan por debajo de lo que indicarían las condiciones del mercado. Ello responde, en muchos casos, a estrategias de fidelización de la clientela, mediante las cuales el productor prefiere absorber temporalmente el aumento de los costos de producción antes que trasladarlo al precio final, con la expectativa de que dichos costos disminuyan nuevamente en el futuro.

La mercantilización de la economía como origen de la emergencia eco-social

La persistencia de la pequeña producción independiente constituye un desafío para las reglas del capitalismo. Planteada de manera tan directa, esta afirmación encierra un conjunto de cuestiones sumamente complejas que han sido objeto de intensos debates y de una amplia reflexión teórica durante décadas. Entre ellas destacan la conceptualización de la pequeña producción independiente,



la especificidad de su racionalidad económica y las características de su relación con el sistema capitalista y con los mercados.

La mercantilización es un proceso de transformación mediante el cual el valor de uso de los bienes y los recursos se convierte en valor de mercado. En otras palabras, bienes que anteriormente se producían para el autoconsumo, para el intercambio directo con otros bienes o para ser cambiados sin consideración por su valor monetario - atendiendo únicamente a su utilidad - pasan a estar determinados por una valoración económica expresada en términos monetarios.

Este proceso de mercantilización termina imponiéndose no sólo en ámbitos donde predominaban los principios de domesticidad, reciprocidad, redistribución e intercambio no monetario identificados por Polanyi, sino también sobre una lógica de respeto por la naturaleza cuyo reconocimiento es relativamente reciente.

Es cierto que este proceso de mercantilización no opera con la misma intensidad en todos los territorios ni afecta por igual a todas las actividades económicas. Sin embargo, su expansión ha sido tan profunda que incluso las formas de producción tradicionalmente orientadas al autoconsumo y a la reproducción de la vida se han visto crecientemente subordinadas a la lógica del mercado. Como resultado, muchas comunidades rurales enfrentan hoy la necesidad de revertir ese proceso para evitar su desaparición (Hespanha, 1994).

Aunque la economía campesina no ha sido absorbida por completo por el capitalismo, ha quedado progresivamente subordinada a él. En consecuencia, gran parte de los problemas que enfrenta - entre ellos la pobreza, la pérdida de autonomía económica y la creciente dependencia de los mercados - están estrechamente vinculados con esa subordinación. A ello se suma la degradación del entorno natural del que depende la reproducción de su propia existencia.

En la actualidad, las áreas rurales se han convertido en espacios especialmente vulnerables a la expansión de actividades económicas altamente intensivas en el uso de recursos naturales. Con frecuencia, estas actividades se benefician de marcos regulatorios flexibles o insuficientes y, en algunos casos, incluso quedan exentas del cumplimiento efectivo de las normas de protección ambiental.

Mientras el agronegocio introduce en esos territorios monocultivos intensivos y altamente mecanizados, otras actividades económicas también compiten por el uso del espacio rural: la producción de energía, la construcción de grandes infraestructuras, la instalación de redes de transmisión de señales, la explotación minera y muchas otras iniciativas impulsadas por la valorización económica del territorio. En conjunto, estos procesos intensifican los conflictos por el acceso y el control de la tierra, el agua y los demás bienes comunes, al tiempo que profundizan la presión sobre los ecosistemas y las comunidades que dependen de ellos.

Hablar de emergencia eco-social asociada a la mercantilización tiene todo el sentido, pues nos encontramos ante situaciones en las que la civilización industrial moderna se orienta hacia una nueva economía mundializada, asumiendo, por tanto, la incertidumbre de los resultados y la probabilidad de que aparezcan efectos no deseados o incluso inesperados. En general, es cierta la afirmación de que el futuro del mundo rural está amenazado y de que abundan las señales de crisis: abandono de tierras y viviendas, envejecimiento y aislamiento de las poblaciones, discriminación negativa de los territorios y mercantilización de los recursos locales, incluido el patrimonio. En fin, lo rural convertido en área de negocios (Hespanha & Carapinheiro, 2002).

Hoy sabemos que las situaciones de crisis que afectan a ciertas regiones o a ciertos sectores de la población no tienen un origen local, sino que son el resultado de las fuertes interdependencias que unifican los espacios a una escala muy ampliada. Y es que, en las economías capitalistas



contemporáneas, la asunción activa del riesgo constituye sin duda un elemento central del dinamismo económico y de la innovación social que se persiguen. Tomar riesgos se ha convertido en sinónimo de cambio. Así, mientras el envejecimiento de la población, la fuga de recursos y el empobrecimiento afectan a las áreas más remotas, dejadas atrás por las dinámicas del desarrollo capitalista, la desestructuración del tejido social, la competencia por los recursos y la degradación de la calidad ambiental se hacen sentir con especial intensidad en las áreas rurales arrastradas por dichas dinámicas.

Mercantilización y sostenibilidad

El concepto de sostenibilidad aplicado al desarrollo económico surge en 1987, cuando la ONU reconoce que el modelo económico adoptado por los países desarrollados se basa en una estrategia de uso desenfrenado de recursos materiales que solo genera lucro y progreso a corto plazo. A medida que avanza el proceso de mercantilización, las tecnologías utilizadas no solo ponen en riesgo los sistemas naturales que sustentan la vida en la Tierra - la atmósfera, las aguas, los suelos y los seres vivos -, sino que marginan a amplios segmentos de la población (UN-WCED, 1987).

A pesar de la tendencia a reducir la ambición de este concepto al imperativo más o menos abstracto de "atender las necesidades del presente sin comprometer a las futuras generaciones", este es muy explícito en la denuncia de las políticas públicas erróneas o ambiguas, como el "crecimiento verde" o *greenwashing*, y de los argumentos utilizados por los grandes grupos económicos de que: a) la sostenibilidad limita la libre iniciativa; b) las tecnologías "verdes" dependen de minería intensiva, de energía fósil y de cadenas globales de producción; y c) la sostenibilidad puede ser conservadora cuando impide los cambios radicales necesarios para una sociedad de bienestar y, en cualquier caso, es difícil de medir por falta de indicadores fiables.

"Sin embargo, no basta con ampliar el abanico de variables económicas consideradas. La sostenibilidad exige concepciones de las necesidades humanas y el bienestar que incorporen variables no económicas como la educación y la salud disfrutadas por sí mismas, el aire y el agua limpios, y la protección de la belleza natural. También debe trabajar para eliminar las discapacidades de los grupos desfavorecidos, muchos de los cuales viven en zonas ecológicamente vulnerables, como numerosos grupos tribales en los bosques, nómadas del desierto, grupos en zonas montañosas remotas y pueblos indígenas de América y Australasia" (UN-WCED, p. 43).

La economía global suele verse como una red de empresas que producen y mueven mercancías entre países y continentes. Notablemente ausentes de este mapa están los numerosos pequeños productores —campesinos, artesanos y comerciantes— que desempeñan un papel activo en la producción primaria y en el intercambio de bienes y servicios.

Contrariamente al modelo dominante de desarrollo, muchos sistemas sociales tradicionales tuvieron conciencia de la interdependencia entre la sociedad y la naturaleza y, por eso, "aumentaron el control de la comunidad sobre las prácticas agrícolas y sobre los derechos tradicionales relativos al agua, los bosques y las tierras" (UN-WCED, p. 39). Sin embargo, la presión que el capital ejerce sobre estas comunidades hace cada vez más difícil garantizar que los recursos existentes en el presente estén también disponibles para las generaciones futuras. Debido al progreso técnico, al "cerco" de las tierras comunales, a la erosión de los derechos comunes sobre bosques y otros recursos, y a la intensificación del comercio y la producción para el mercado, la facultad de decidir sobre estas amenazas les está siendo arrebatada a las comunidades locales, con argumentos que van desde la incompetencia técnica hasta la prioridad del interés nacional.



Situados en espacios marginales de la economía global, esos trabajadores son frecuentemente considerados como el último eslabón de las cadenas de valor de las empresas. Sin embargo, innumerables estudios muestran que campesinos, artesanos y comerciantes pueden gestionar sus propios sistemas de producción e intercambio y preservar sus tierras y su trabajo como mercancías tangibles. Ellos optaron por adaptarse al clima económico actual trabajando en colaboración mutua. La mayoría de los intercambios abordados en estos estudios depende fuertemente de la confianza y de las reglas y compromisos establecidos por los propios trabajadores, destinados a garantizar la continuidad y el cambio dentro de su socioeconomía. Los teóricos y las instituciones económicas deben, por tanto, reconocer a esos trabajadores como miembros importantes y alternativos de la economía global (Kinyanjui, 2016).

En el mismo sentido, Van der Ploeg (2013) muestra "cómo las agriculturas familiares del Norte y del Sur global, confrontadas con la dependencia creciente de los mercados globalizados, adoptaron o reactualizaron formas de resistencia o de distanciamiento frente a la lógica productivista capitalista" (como se citó en Sabourin, 2013, p. 89).

Esas agriculturas, muy diversas en la condición de los productores y en las relaciones con los mercados, se manifiestan en diferentes modos de producir, todos ellos anclados en una relación íntima con recursos naturales limitados, en una intensificación del trabajo y de la ayuda recíproca y en una capacidad de autonomía respecto al mundo capitalista (Van der Ploeg, 2013, como se citó en Sabourin, p. 91). De aquí resulta que este modo campesino de producir puede estar asociado a desempeños superiores a los de la empresa agroindustrial en lo que respecta a la eficiencia en el uso de los recursos (agua, tierras, trabajo), a la relación naturaleza/sociedad, a la calidad de los productos, a las condiciones de vida y a la integración o inclusión social (Van der Ploeg, 2013, como se citó en Sabourin, p. 93).

La vía hacia la sostenibilidad de las economías

Gran parte del conocimiento práctico y experimental fue acumulando, a lo largo del tiempo, soluciones para diferentes problemas, incluso después de la revolución industrial. Sin embargo, la aceleración de los cambios en los últimos dos siglos hizo olvidar muchas de esas soluciones destinadas a mantener una relación equilibrada con la naturaleza. Por otro lado, este conocimiento basado en la experiencia acumulada carece cada vez más de herramientas capaces de responder a problemas complejos y de escala global, como el declive de la biodiversidad, la contaminación y los efectos de la globalización económica.

Ante este panorama, se hace evidente la necesidad de un sistema que combine los saberes tradicionales de las comunidades rurales con el conocimiento avanzado y las tecnologías apropiadas de base científica, y con políticas públicas determinadas e innovadoras; es decir, un compromiso fundado en la conservación ambiental.

Ciertamente, este compromiso es fundamental para garantizar que el aporte de la ciencia y la tecnología reconozca el fundamento de los saberes y las tecnologías tradicionales de esas comunidades, y que el aporte de las políticas se asiente en proyectos innovadores capaces de devolver a la comunidad sus funciones de gestora de los territorios, a través de reformas, incentivos y proyectos orientados a frenar el éxodo rural mediante cambios "casi revolucionarios" (Vallina, 2022, p. 109). Tal compromiso implica no sólo el reconocimiento de que "el valor de la cultura campesina en la creación y mantenimiento de los ecosistemas es un aporte decisivo para conservar la naturaleza y la biodiversidad" (Vallina, p. 111), sino también que "muchos conceptos que hoy usamos, como economía circular, biotecnología, conservación de la biodiversidad, retención del carbono en



el suelo, conservación de la naturaleza, fertilización orgánica y agricultura ecológica, fueron puestos en práctica por las comunidades campesinas durante siglos" (Vallina, p. 112).

A falta de apoyos, o ante propuestas de financiamiento que obliguen a contrapartidas inaceptables, muchos productores más próximos a una posición anarquista apuestan por la autosuficiencia colectiva a través de prácticas de ayuda mutua, asumiendo la responsabilidad de fortalecer el mundo rural y luchar por la mejora ecológica mediante acciones de reforestación, agroecología política y educación (Quiñonez, 2020 p. 79).

Destacamos aquí la agroecología como una práctica sociotécnica que incorpora el saber hacer de los productores, así como la herencia milenaria de los campesinados y culturas indígenas (Neder y Costa, 2014, p. 7). Esta se posiciona como un enfoque transformador que combina el conocimiento científico con las prácticas tradicionales, creando sistemas agrícolas y de gestión de recursos más resilientes y sostenibles. Reconoce el valor del conocimiento campesino, utiliza prácticas locales como base para la sostenibilidad y la biodiversidad, incorpora herramientas científicas para mejorar las capacidades locales (gestión integrada de plagas, restauración del suelo, paisajismo agroecológico) y promueve el diálogo horizontal entre comunidades, investigadores y decisores, generando soluciones colaborativas culturalmente apropiadas y técnicamente eficaces.

En el mismo sentido, las "tecnologías sociales" - un concepto que surge en Brasil como alternativa a las tecnologías convencionales (incluidas las "tecnologías apropiadas") - se caracterizan por ser construcciones sociales "negociadas" con productores de emprendimientos solidarios para integrar saberes científicos y populares en la elaboración e implementación de soluciones colectivas, evitando así cualquier implicación social, económica, política y ambiental negativa (Dagnino, 2009, p. 316). En las comunidades campesinas, las tecnologías sociales no funcionan sólo como una herramienta técnica aislada, sino como un proceso de emancipación política, autogestión y transformación social enfocado en los trabajadores y productores rurales; es decir, la comunidad campesina no es mera consumidora de innovación, sino constructora colectiva de las soluciones innovadoras.

Estudios recientes muestran que la combinación de tecnologías sociales y prácticas agroecológicas genera beneficios significativos tanto para el medio ambiente como para las comunidades rurales. La adopción de prácticas agroecológicas integradas con tecnologías sociales ha contribuido a la regeneración del suelo, la conservación de la biodiversidad y la mejora de las condiciones de vida de las familias agricultoras. De esta forma, la sinergia entre tecnologías sociales y agroecología se presenta como una estrategia poderosa para enfrentar los desafíos del desarrollo sostenible.

Esta combinación se orienta hacia los agroecosistemas y los refuerza. Altieri (2002) los define como un conjunto de prácticas agrícolas y principios de la agroecología que aplican conceptos ecológicos en la gestión sostenible de la producción que preserva el medio ambiente. Con un enfoque sistémico e interdisciplinario, estos sistemas de producción promueven una perspectiva que supera la simple reflexión tecnológica, integrando conocimientos y saberes tradicionales.

Las dificultades de recepción de la agroecología y las tecnologías sociales por parte de las comunidades rurales campesinas no tienen que ver con una supuesta ignorancia o resistencia cultural de los productores agrícolas, sino con las barreras impuestas por el modelo económico capitalista. Y las dificultades son varias: la falta de divulgación y el menosprecio de estas alternativas por parte de los servicios oficiales, la resistencia de las instituciones bancarias y la insuficiencia de los subsidios estatales para el financiamiento de las tecnologías sociales, la sobrecarga de trabajo y la demora en la recuperación de suelos degradados a través de la agroecología. Para Roberto Dagnino, la superación de esas dificultades sólo puede resultar de una estrategia del Estado que



garantice una asistencia técnica agroecológica, compras públicas de productos de agricultura limpia y una política de formación rural adecuada (Coelho et al., 2026).

En ocasiones, estas propuestas pueden parecer desligadas de las realidades locales y generar obstáculos en las comunidades rurales. Es lo que ocurre cuando las innovaciones son percibidas como imposiciones externas y entran en conflicto con prácticas y valores arraigados; cuando la complejidad del conocimiento científico dificulta su apropiación por parte de las comunidades; y cuando las políticas públicas favorecen modelos pensados para sistemas agrícolas industrializados, en vez de estrategias sostenibles adaptadas a los contextos locales (Moreno Feliu, 2011; Serra & Alegretti, 2020).

Finalmente, la cuestión de cómo combinar los saberes tradicionales con el conocimiento de base científica para asegurar la sostenibilidad económica, social y ambiental de las comunidades rurales. Tal combinación valora la unión entre distintos sistemas de conocimiento en la resolución de problemas reales creados por los complejos desafíos ambientales de la actualidad. Esta promueve un diálogo de saberes, seleccionando las prácticas adecuadas para obtener rendimientos para la comunidad local (a través de la agroecología y las tecnologías sociales), fomentando así la cohesión social y la valorización del patrimonio cultural.

El conocimiento ecológico tradicional constituye un rico patrimonio cultural y un sistema eficaz de conocimiento que ha permitido a las comunidades sobrevivir generación tras generación y, al mismo tiempo, proporciona información única y significativa para la gestión de los recursos naturales, para la adaptación climática y para la conservación de la biodiversidad. Vinculado a la investigación científica, ese conocimiento puede mejorar la comprensión de los ecosistemas, añadiendo observaciones detalladas y de largo plazo que complementan los datos científicos (Nepal, 2024, p. 5).

Desde el punto de vista económico, la sostenibilidad de la comunidad se refuerza mediante la diversificación de las fuentes de ingreso, debido no sólo a un mejor aprovechamiento de los recursos locales y de los residuos agrícolas, sino también a una validación y certificación científica de los productos tradicionales que la ciencia apoyada en tecnologías sociales permite. Desde el punto de vista social, la sostenibilidad de la comunidad pasa por una mayor participación de ésta en las decisiones locales a través de una ciencia basada en la ciudadanía, por la valorización científica de la medicina popular o del patrimonio cultural y, además, por la creación de modelos de educación que incluyan la transmisión de saberes tradicionales sobre diversos ámbitos de la vida comunitaria. Desde el punto de vista ambiental, la valorización de los saberes populares sobre el clima, sobre la fertilización de los terrenos y sobre las características de las especies en el dominio de la fauna y la flora permite una mayor agudeza de la respuesta científica en el ámbito de la prevención del riesgo. También las prácticas de cultivo tradicionales pueden cruzarse con la agroecología y las tecnologías sociales para promover la salud de los suelos y la biodiversidad, evitando la utilización de agrotóxicos.

No obstante, las ventajas enunciadas sobre la sostenibilidad de este diálogo entre saberes tradicionales y conocimiento de base científica, se plantean problemas sobre cómo evitar los desequilibrios entre los dos tipos de saberes, teniendo en cuenta que el conocimiento científico se ha vuelto hegemónico por el aporte que ha dado a la expansión de la economía.

Entre el referencial teórico que podemos movilizar para abordar tales problemas se cuentan diversos aportes y conceptos, como la "ecología de saberes", la "traducción intercultural" y la "artesanía de las prácticas" de Boaventura Santos, la "intercientificidad" de Paul Little o el "diálogo de saberes" de Enrique Leff. Todos ellos están movidos por preocupaciones de orden epistemológico, debido al riesgo de que, con la expansión hegemónica de la ciencia moderna, se produzcan expropiaciones



económicas (Santos, 2004, p. 128), dominación política y marginación epistemológica en nombre de la supervivencia y preservación de los saberes y haceres. La "ecología de saberes" se fundamenta en la idea de que no existe conocimiento o ignorancia absolutos. Toda ignorancia es ignorancia de un tipo específico de conocimiento, y todo conocimiento triunfa sobre un tipo específico de ignorancia. Desde el punto de vista epistemológico, la sociedad capitalista se caracteriza por la preferencia por prácticas en las que el conocimiento científico predomina. Eso lleva a favorecer la intervención del conocimiento científico en la realidad humana y en la naturaleza. En la "ecología de saberes", crear credibilidad para el conocimiento no científico no significa desacreditar el conocimiento científico. Significa simplemente utilizarlo de forma contrahegemónica. La "traducción intercultural" es otro proceso concebido para crear inteligibilidad mutua entre diferentes experiencias del mundo y entre formas de organización y objetivos de acción. El trabajo de traducción busca captar la relación hegemónica entre las diferentes experiencias y captar también lo que esas experiencias (particularmente las de los dominados) contienen más allá de esa relación. A su vez, la "artesanía de las prácticas" consiste en construir conexiones entre diferentes tipos de luchas y resistencias. El trabajo político subyacente a las articulaciones entre luchas, cuando se realiza bajo las epistemologías del Sur, tiene muchas afinidades con el trabajo artesanal. El concepto de epistemologías del Sur se refiere a la destrucción, el menosprecio y la invisibilidad de los conocimientos y los saberes que se verificó en los últimos siglos por parte del sistema epistémico eurocéntrico dominante. Se hace necesario un ejercicio de traducción entre saberes hegemónicos y saberes no hegemónicos, en el que corresponde a cada saber o práctica decidir entre sus miembros (de una comunidad marginada) lo que va a poner en contacto con los otros miembros (de la comunidad científica). Finalmente, el tipo de transformación social que a partir de él puede construirse exige que las constelaciones de sentido creadas por el trabajo de traducción se transformen en prácticas transformadoras.

El antropólogo Paul Little introdujo el concepto de "intercientificidad" para mostrar cómo la población campesina desarrolla métodos rigurosos para controlar y gestionar los ecosistemas en los que se encuentra. Aunque esos métodos sean difíciles de entender debido al uso de la oralidad, constituyen "otra ciencia" que debe ser reconocida como tal y respetada. A su vez, el economista y sociólogo ambiental mexicano Enrique Leff considera el "diálogo de saberes" como una necesidad vital para combatir la crisis climática, integrando la ecología y la cultura de las comunidades tradicionales en el corazón del desarrollo económico. Se enfoca específicamente en la transición metodológica de una ciencia rígida a una ciencia abierta a la hibridación con el saber empírico de los agricultores.

Por último, es importante tener en cuenta perspectivas, como la retro innovación, que buscan contribuir a la reconfiguración de los paradigmas dominantes mediante la incorporación de la diversidad, la contextualización y la pluralidad epistemológica.

La necesidad de políticas que contrarresten la marginación de los territorios rurales

Las políticas de desarrollo de nivel local no pueden ignorar los efectos de una postura meramente pasiva del Estado y de las políticas públicas ante sociedades locales desiguales y dominadas por poderosas redes clientelares. No pueden ignorar la incapacidad de la población marginada para acceder por sí misma a las oportunidades de promoción y emancipación ofrecidas por los programas públicos, ni el efecto de la emergencia de nuevos valores y actitudes, radicalmente distintos de los que orientan la vida de la mayoría de la población de las comunidades rurales, cuando se quiere hacer partícipe a toda la población de las acciones de desarrollo.

Contrariamente a las concepciones neoliberales que han venido inspirando muchas políticas públicas, el papel regulador del Estado en ese proceso de desarrollo sigue siendo decisivo para evitar



que aumenten las desigualdades sociales y la segregación social entre el espacio urbano y el espacio rural, o entre los diferentes componentes del espacio rural.

Conocidas las dificultades que la población rural (o al menos gran parte de ella) encuentra para expresar sus propias necesidades y para buscar autónomamente una salida a esas necesidades, el papel regulador del Estado debe basarse en un tipo de intervención diferente, más descentralizada y compartida, capaz de involucrar en la discusión y en el hallazgo de soluciones a los diferentes actores sociales: desde los gobiernos locales, las asociaciones, las organizaciones voluntarias y otras instituciones locales... y, por supuesto, a los miembros de las comunidades considerados individualmente.

Apuntar hacia nuevas formas de intervención pública no implica el abandono de las funciones que tradicionalmente corresponden al Estado en las acciones de desarrollo, en particular, la de promover la creación de infraestructuras colectivas de interés local o regional o la de apoyar programas de valorización de los espacios rurales. En este sentido, resulta particularmente importante dar continuidad a las políticas de promoción de los espacios rurales, evitando así también el descrédito social del papel del Estado. Se trata de medidas que permiten reforzar la movilización de los propios actores locales, necesaria para que se establezcan términos de intercambio más equilibrados entre las fuerzas locales y las fuerzas externas que compiten por los recursos. Y es que el reforzamiento institucional que se propugna debe combinarse con una acrecentada movilización de los actores locales.

Pero hay que ir más lejos en este ámbito. Es preciso movilizar más decididamente el potencial de progreso que representa la aplicación de la ciencia y la tecnología a los programas de valorización de los espacios rurales. Existiendo a nivel local y regional un capital apreciable constituido por instituciones de enseñanza e investigación de nivel superior, su contribución parece estar lejos de haberse agotado. Importa, por ello, involucrar más a las instituciones, reforzando la capacidad de movilización y los estímulos necesarios para que se establezca el diálogo de saberes preciso para concebir esos programas de valorización de los espacios rurales.

Conclusión

La competencia por el uso de los recursos locales, ya sean el espacio físico, la mano de obra o los capitales, contribuye a marginar aún más a los pequeños productores, incapaces de mantener sus recursos ante la enorme presión a la que son sometidos bajo diferentes modalidades. Sabiendo que su supervivencia como productores autónomos depende de esos recursos, una gran parte de ellos resiste de forma determinada y casi instintiva, oponiéndose a cualquier iniciativa que pueda, eventualmente, afectar su estabilidad.

Y esta actitud es tanto más probable cuanto que la lógica individualista que casi siempre preside los nuevos emprendimientos es, en gran medida, responsable del uso caótico del espacio que se está haciendo en los ámbitos de la expansión urbanística, de las actividades turísticas y de la explotación intensiva (agrícola o forestal) de los suelos. No se respeta la diversidad de ese espacio, ni las reglas más elementales de protección del ambiente y del patrimonio, con consecuencias particularmente desastrosas para los ecosistemas agrarios y para el patrimonio cultural, natural o paisajístico de las zonas rurales marginadas.

Hay que ser conscientes de que estos cambios entran en ruptura con concepciones fuertemente arraigadas acerca de la economía y la sociedad locales, contraponiéndoles normas de conducta que son difícilmente aceptables. A la cooperación entre vecinos se contrapone el individualismo posesivo y la competencia sin reglas; al particularismo de las relaciones sociales se contrapone el



universalismo de las relaciones mercantiles; a la gestión patrimonialista, centrada en la conservación y mejora de los recursos, se contraponen una gestión comercial basada en el lucro; y a la ética del ahorro se contraponen la compulsión del consumo.

Desde esta perspectiva, la cuestión pertinente es saber si las comunidades científicas están o no preparadas para involucrarse en un intercambio de saberes para la valorización de los espacios rurales y, por tanto, en una construcción de respuestas a todos los problemas anteriormente enunciados. Existiendo en casi todas partes un capital potencial apreciable constituido por instituciones de enseñanza e investigación de nivel superior, su contribución parece estar lejos de haberse agotado.

Referencias

- Altieri, M. (2002). *Agroecología: bases científicas para una agricultura sustentável*. Ed. Agropecuária.
- Caillé, A. & Laville, J.-L. (2008). Postface. En: M. Cangiani & J. Maucourant (Dir.), *Essais de Karl Polanyi* (565-585). Editions du Seuil
- Coelho, N. B., Matos, M. J. de, Vieira, D. D., Silva, A. F., Marinho, C. M., Freitas, H. R., Farfan, S. J. A., & Pereira, J. P. (2026). Tecnologias sociais e a agroecologia: facilitando a adoção de práticas sustentáveis no Ceará. *Contribuciones A Las Ciencias Sociales*, 19(1), e23550. <https://doi.org/10.55905/revconv.19n.1-224>.
- Dagnino, R. (2009). 'Ciência e Tecnologia para a Cidadania' ou Adequação Socio-técnica com o Povo". *Tecnologia e Sociedade*, 5(8), 1-23.
- Gardin, L. (2006). *Les Initiatives Solidaires. La réciprocité face au marché et à l'État*. Érès
- Hespanha, P., (1994). *Com os Pés na Terra: Práticas fundiárias da população rural portuguesa*. Porto: Afrontamento.
- Hespanha, P. (2010). Microempreendedorismo popular e Economia Solidária. O sentido de uma mudança. Outra Economia. *Revista Latinoamericana de Economía Solidaria*, IV (7). 111.130.
- Hespanha, P & Carapinheiro, G. (2002). *Risco Social e Incerteza: Pode o Estado Social Recuar Mais?* Afrontamento.
- Icaza, A. & Tiriba, L. (2009). Economia Popular. En A. Cattani, J.L. Laville, L. I. Gaiger & P. Hespanha (Eds.), *Dicionário Internacional da Outra Economia* (pp. 150-155). Almedina Brasil.
- Kinyanjui, M. N. (2016). Positioning Peasants, Artisans, and Traders. *World Policy Blog*.
- Leff, E. (2012). *Aventuras da epistemologia ambiental: da articulação das ciências ao diálogo de saberes*. Cortez Editora.
- Little, P. (2002). *Territórios Sociais e Povos Tradicionais: Por uma Antropologia da Territorialidade*. Universidade de Brasília.
- Louçã, F. & Castro Caldas, J. (2010). *Economia(s)*. Afrontamento.
- Moreno Feliu, Paz (1996). Las dos caras de la Comunidad. En José Antonio Fernández de Rota y Monter (Dir.). *Las Diferentes Caras de España Perspectivas de Antropólogos Extranjeros y Espanoles* (pp. 155-166). Universidad de la Coruña.
- Neder, R. & Costa, F. (2014). Apresentação. En R. Neder e F. Costa (Orgs.) *Ciência, Tecnologia, Sociedade para a Construção da Agroecologia* (pp. 7-13). Observatório do Movimento pela Tecnologia Social na América Latina.



- Nepal, T. (2024). The role of Traditional Ecological Knowledge in Environmental Stewardship: Beyond Poverty and Necessity." *Journal of Resources Energy and Necessity*, 20(2), 86-96.
- Polanyi, K. (2001). *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. Beacon Press.
- Quiñonez, E. (2020). *Os circuitos curtos de comercialização dos bens agro-alimentares*. (Tese de Doutoramento). Faculdade de Economia da Universidade de Coimbra.
- Sabourin, É. (2013). Enfoques anti-utilitaristas e pós-coloniais aplicados a economías e sociedades camponesas. *Realis*, 3(1), 78-110.
- Santos, L. (2004). Quando o conhecimento técnico-científico torna-se predição high-tech: recursos genéticos e conhecimento tradicional no Brasil. En Boaventura de Sousa Santos (Org.) *Semear outras Soluções. Os caminhos da Biodiversidade e dos Conhecimentos Rivaís* (pp. 107-137). Afrontamento.
- Serra, R. & Alegretti, G. (2020). Democracies in common places: stories from baldios and 'fir-tales' in Portugal. *Scienze del Territorio*, 8, 91-109.
- UN – WCED (1987). *Our Common Future*. UN Documents.
- Vallina, J. I. (2022). Una nueva economía para la aldea del siglo XXI. En E. Moyano Estrada (Coord.), *La España Rural: retos y oportunidades de futuro* (pp. 105-120). Publicaciones Cajamar.